

Image not found or type unknown



RUSIA, CHINA, INDIA

Cumbre de Tianjin, un bloque antioccidental que aún no existe

INTERNACIONAL

02_09_2025

Image not found or type unknown

**Eugenio
Capozzi**



La cumbre de la Organización de Cooperación de Shanghái, celebrada en Tianjin (China), constituye una agrupación de países que, desde el punto de vista económico, representa ya una cuarta parte del PIB mundial y que, desde el punto de vista político, parece estar igualmente en auge, hasta el punto de suscitar en Occidente una preocupación concreta por el nacimiento de una posible alianza alternativa a ella.

La Organización, creada en 2001 como coordinación entre Pekín, Moscú, Minsky

las repúblicas exsoviéticas de Asia Central, cuenta hoy con 10 miembros, tras la incorporación de India, Pakistán e Irán. Por lo tanto, se ha superpuesto en parte al foro de los BRICS y se ha convertido en una de las articulaciones de esa vasta zona del mundo que ahora se denomina comúnmente «Sur global», para indicar un conjunto de países no occidentales, principalmente asiáticos o africanos, que en la era de la globalización han adquirido un peso político que estaban muy lejos de tener en la época de la Guerra Fría.

En este momento de la política internacional, una reunión como la de Tianjin representa para los tres principales miembros de la SCO (China, Rusia e India), por diferentes motivos, una valiosa oportunidad para lanzar un eficaz mensaje propagandístico a Occidente y a Estados Unidos.

La China de Xi Jinping, en primer lugar, se presenta como el líder indiscutible del «otro mundo». Su economía ha crecido de forma espectacular en los últimos 25 años. Su PIB, que en 2001 era tres veces mayor que el de Rusia y la India, hoy los supera en 9 y 4 veces, respectivamente. Ha adquirido una hegemonía estable sobre las repúblicas centroasiáticas, gran parte de Indochina, Sri Lanka, una parte importante de África y América Latina, y se presenta legítimamente como la segunda superpotencia mundial. Aunque hoy en día su influencia en Oriente Medio, ejercida principalmente a través de Irán, ha sufrido importantes reveses gracias a la acción combinada de Estados Unidos e Israel, Xi quiere que Trump, el G7 y la OTAN sepan que puede competir con ellos de igual a igual en el tablero mundial.

Por su parte, Vladimir Putin, mientras sigue manteniendo en jaque las negociaciones para poner fin a la guerra entre Moscú y Kiev, tan deseadas por Trump, y continúa el conflicto desde una posición de indudable ventaja militar, utiliza con consumada astucia táctica la cumbre de la OCS para ejercer presión psicológica y para reiterar a los países occidentales lo que ya había quedado claro en estos años: por mucho que lo traten como un «paria» o un criminal de guerra, y traten de obligarlo a una paz en condiciones desfavorables para él, puede contar con el apoyo, la legitimación y la solidaridad de un «otro mundo» fuerte y destinado a tener cada vez más peso en el futuro.

Pero la presencia políticamente más «pesada» en la cumbre de Tianjin, la que plantea más interrogantes sobre la evolución futura de las relaciones internacionales, es sin duda la del primer ministro indio, Narendra Modi. No tanto porque sus relaciones

con los otros dos actores principales de la Organización, ya consolidadas a través de los BRICS, sean una novedad, sino porque es evidente que ha querido cargar su participación en la reunión de significados políticos precisamente en relación con las relaciones que existen actualmente entre su país y los Estados Unidos. Como es sabido, precisamente en un intento de presionar a Putin para que se mostrara más conciliador en las negociaciones con Kiev, Donald Trump ha impuesto en las últimas semanas fuertes aranceles adicionales a las importaciones procedentes de Nueva Delhi, de hasta el 50 %, motivados principalmente por el hecho de que la India sigue comprando grandes cantidades de petróleo ruso a precios reducidos, lo que permite a Moscú eludir las sanciones occidentales. Esta medida ha deteriorado gravemente las relaciones entre los dos países, ya precarias por el estancamiento de las anteriores negociaciones sobre aranceles y por la competencia india en la localización de empresas estadounidenses de alta tecnología. Ahora Modi, con su presencia junto a Xi y Putin, quiere subrayar que su país no necesita una relación preferencial con Estados Unidos y que, por el contrario, tiene alternativas válidas a ella.

La convergencia entre los tres principales líderes de la SCO en este sentido se refleja en el comunicado conjunto sobre las principales cuestiones internacionales, que parece estar hecho a propósito para expresar la retórica «china»: defensa del régimen iraní contra el ataque de Estados Unidos e Israel, llamamiento a la paz en Gaza y, sobre todo, énfasis en la necesidad de respetar la soberanía y la autonomía de los distintos países frente a las «injerencias» externas, obviamente occidentales.

Sin embargo, cabe preguntarse: ¿es realista pensar en la SCO como una verdadera alternativa a Occidente? La respuesta, en la situación actual, solo puede ser negativa. Las convergencias tácticas entre los países miembros de la Organización o del foro no eliminan las grandes diferencias y contradicciones de principios e intereses que existen entre ellos. La SCO, al igual que los BRICS, y más aún, está por ahora muy lejos de ser un nuevo «Pacto de Varsovia» y carece de la cohesión del G7.

En particular, si Modi se ve empujado por el pulso con Estados Unidos a reforzar sus relaciones con Pekín, también es cierto que la India siempre ha tenido, y sigue teniendo, intereses geopolíticos extremadamente divergentes y conflictivos con respecto a China, y es de prever que intentará evitar a toda costa convertirse en su vasallo. El paso en falso que sin duda ha dado Trump al forzar las tarifas no anula el hecho de que, en los últimos años, Nueva Delhi ha establecido relaciones cada vez más estrechas con Estados Unidos, que le son esenciales precisamente para escapar de la «trampa» china: en particular con la participación en el acuerdo IMEC, o «Nueva Ruta del

Algodón», para un corredor comercial de infraestructura desde el Océano Índico hasta el Mediterráneo a través de Arabia Saudita e Israel. Por no hablar de la presencia, embarazosa para ella, en la SCO de Pakistán, con el que hasta hace unos meses estaba en guerra, detenida precisamente por la mediación del presidente estadounidense. Es de prever que, en un futuro próximo, Modi y Trump volverán a hablar y ambos tendrán interés en reconstruir una relación.

En cuanto a Putin, sabe muy bien que ya se encuentra en una posición peligrosamente subordinada respecto a Pekín. Y, si utiliza el juego de rebote para ganar alguna posición en la negociación sobre Ucrania, debe tener mucho cuidado de contrarrestar la incómoda «protección» de Xi continuando por la vía de la reconstrucción de las relaciones con Estados Unidos abierta por la cumbre de Anchorage, para evitar que su país sea definitivamente fagocitado por el Dragón.

Por último, es evidente que el régimen iraní, a pesar de las defensas oficiales de la organización, representa un miembro muy incómodo para los principales «accionistas». De hecho, estos no han movido un dedo cuando ha sido atacado por Jerusalén y Washington, y saben bien que en el equilibrio de Oriente Medio ha sido inequívocamente, y quizás definitivamente, reajustado.

En resumen, el «antioccidentalismo» liderado por China es, por ahora, solo una perspectiva aún lejana de concretarse. Sin embargo, Occidente haría bien en no subestimar su posible evolución futura. Y en hacer todo lo posible por separar a sus principales contratistas, alejando en la medida de lo posible a Moscú y Nueva Delhi de la hegemonía de Pekín.